

Yáñez en la narrativa iberoamericana*

AURORA M. OCAMPO

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

RESUMEN. En el trabajo se presenta la ubicación generacional e histórica de Agustín Yáñez, así como los temas comunes y la madurez literaria de Iberoamérica. Yáñez, como muchos otros de sus contemporáneos, vivió una época intensa de la Historia en la que fue parte y testigo, narrador y maestro.

Agustín Yáñez, nacido en 1904, pertenece a la primera generación de novelistas iberoamericanos contemporáneos, los nacidos en la primera década del siglo xx o poco antes, entre los que sobresalen el guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1899), el cubano Alejo Carpentier (1904), el chileno Manuel Rojas (1896), los venezolanos Arturo Uslar Pietri (1906) y Miguel Otero Silva (1908); el colombiano Jorge Zalamea (1905); los argentinos Jorge Luis Borges (1899), Roberto Arlt (1900), Leopoldo Marechal (1900), Felisberto Hernández (1902), Eduardo Mallea (1903) y Ernesto Sábato (1911); el brasileño João Guimarães Rosa (1908), el ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta (1909) y el uruguayo Juan Carlos Onetti (1909).

Todos ellos hijos directos de los novelistas de la Tierra o de la Naturaleza, como el mexicano Mariano Azuela (1873), por otro lado conocido como el novelista de la Revolución Mexicana por excelencia; el venezolano Rómulo Gallegos (1884), el argentino Ricardo Güiraldes (1886), el colombiano José Eustasio Rivera

* Conferencia dictada en el Instituto de Investigaciones Filológicas en ocasión del Coloquio dedicado a Agustín Yáñez, con motivo del Cincuentenario de su novela *Al filo del agua*.

(1887), o el brasileño José Lins do Rego (1901), en cuyas obras la naturaleza y el paisaje americano dominan de tal modo que todos ellos pudieron decir, como lo dijo Gallegos, que el personaje principal de sus novelas es la naturaleza misma, llámese sierra, selva, llano, sertão o pampa. Sus obras fueron por mucho tiempo consideradas como las clásicas de Iberoamérica precisamente porque presentaban una gran originalidad: la desmesura y magnificencia del paisaje iberoamericano y de cómo esta naturaleza influía y caracterizaba a sus habitantes. Las obras de estos escritores, publicadas en las primeras décadas de nuestro siglo, son el necesario puente entre la novela del siglo XIX, novela por lo general de imitación de países jóvenes que estaban aprendiendo a ser y la novelística contemporánea propiamente dicha, a la cual pertenece nuestro Agustín Yáñez y los de la lista antes mencionada y tal vez incompleta.

Curiosamente, la mayoría de ellos empieza a publicar sus grandes obras alrededor de 1940, en plena madurez. Esta fecha es el inicio de la contemporaneidad en la cultura iberoamericana y creo, con Rodríguez Monegal, que no está escogida al azar. Varios hechos históricos la avalan. Uno de los más importantes es la madurez cultural que ya habían alcanzado nuestros países.

Si consideramos el nacimiento de las diferentes naciones de Iberoamérica a principios del siglo XIX con las diversas guerras de independencia, las cuales (excepto las de Cuba y Puerto Rico) estaban concluidas para 1821; su niñez, el tormentoso siglo XIX y su adolescencia, las primeras décadas del XX, en México especialmente con el estallido de la Revolución Mexicana que nos permitió, como dice Octavio Paz, conocer en abrazo mortal al otro mexicano: la otra cara de nuestra realidad, nos será fácil entender cómo esa llegada de la adolescencia fue el principio de nuestra madurez al preguntarnos quiénes éramos y como realizaríamos eso que éramos.

Una vez terminada la Revolución y con José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación, las inquietudes en este sentido tomaron forma en los murales de nuestros edificios públicos, en la edición de los clásicos, en las escuelas y bibliotecas fundadas, en el libro de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, etcétera, etcétera.

Si a lo anterior le sumamos el fin de la guerra civil española en 1939 que trajo como consecuencia la llegada de lo mejor de la intelectualidad de España a América, especialmente a las ciudades de México y de Buenos Aires, la que en unión con la “inteligencia” iberoamericana fundaron casas de cultura, editoriales y revistas, podremos entender este renacimiento cultural de nuestra América. Además, en 1939 también, se nos cerraron las puertas culturales de Europa por el estallido de la Segunda Guerra Mundial que nos obligó a bastarnos a nosotros mismos, todo ello resultó un gran estímulo para madurar aún más, recordemos que ya estábamos preparados para ello y que los refugiados intelectuales españoles vinieron a poner su granito de arena como una forma de pagar constructivamente, lo que 450 años atrás habían hecho destructivamente, con nuestras culturas aborígenes...

Justamente Yáñez y muchos de sus contemporáneos publican lo mejor de su obra después de 1940, la cual presenta una gran evolución respecto de la obra de las generaciones anteriores. En esta primera generación de novelistas contemporáneos de Iberoamérica es el hombre en todas sus dimensiones y visto desde múltiples enfoques, lo más importante. Les interesa presentarlo desde su insospechada interioridad y relacionarlo con sus circunstancias; es la misteriosa relación del hombre y sus contextos, como pedía Carpentier, lo que podemos encontrar de más característico en su narrativa. La trilogía más importante del cubano es *El reino de este mundo* (1949), *Los pasos perdidos* (1953) y *El siglo de las luces* (1962); la de Agustín Yáñez: *Al filo del agua* (1947), *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1962); la de Miguel Ángel Asturias: *El señor presidente* (1946), *Hombres de maíz* (1949) y su trilogía bananera (1950-1957). Las más importantes novelas de los restantes de esta generación son, la del chileno Manuel Rojas, *Hijo de ladrón* (1951); las de los venezolanos, Arturo Uslar Prieti y Miguel Otero Silva, *El camino del Dorado* (1947) y *Casas muertas* (1955); respectivamente; las del colombiano Jorge Zalamea, *La metamorfosis de su Excelencia* (1949) y *El gran Burundún-Burandá ha muerto* (1952), las de los argentinos: Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres* (1948); de Eduardo Mallea, *La bahía del silencio* (1940); la trilogía de Er-

nesto Sábato, *El túnel* (1948), *Sobre héroes y tumbas* (1961) y *Abbadón, el exterminador* (1973); la de João Guimarães Rosa, *Grande Sertão Veredas* (1956); y la trilogía del uruguayo Juan Carlos Onetti: *El pozo* (1939), como el necesario antecedente de ella: *La vida breve* (1949), *El astillero* (1961) y *Juntacadáveres* (1964).

Sería muy interesante comparar las novelas de estos escritores, encontraríamos muchas semejanzas así como enriquecedoras diferencias, pero ése es tema de un trabajo más amplio y profundo. Bástenos señalar aquí algunas coincidencias que los hermanan como generación parteaguas en la novelística iberoamericana del siglo xx.

Si es cierto que la literatura hispanoamericana tiene como antecedente las crónicas del descubrimiento o encuentro de dos mundos, no es menos cierto que la novela nace con las guerras de independencia. Ya sabemos que en los tres siglos de historia colonial en que se forjaron las diferentes naciones de nuestra América no se escribieron o difundieron novelas; primero, porque no existía la necesaria tradición cultural indispensable para que surja una novelística; los tres siglos de dominación española fueron el período de incubación del mestizaje racial y cultural que dio por resultado nuestras naciones; segundo, el orden cerrado y riguroso de la colonia que prohibió leer y escribir libros de imaginación y tercero, consecuencia de la anterior, que aunque se hubiesen escrito era difícil que se hubieran impreso. La narrativa nace y se alimenta de las situaciones críticas por las que atraviesa la sociedad que la hace posible, por ello la novela florecerá hasta que la sociedad colonial y semi-feudal, celosa de sus fueros, entre en crisis y esto sucedió como todos lo sabemos, hasta fines del siglo xviii y principios del xix. La primera tarea que se impuso entonces la incipiente novela fue la de apuntar crítica e ideológicamente contra sus estructuras. *El Periquillo Sarniento* (1816), de José Joaquín Fernández de Lizardi, nos hace sentir precisamente ese ambiente de descontento y la necesidad de un cambio.

Este mismo fenómeno lo encontramos en los albores del siglo que nos ocupa. La honda transformación que representó en Méxi-

co la Revolución marca la muerte de otra sociedad: la del porfiriato y es también su novela la que lo denuncia. La "Novela de la Revolución", como la "Novela de la Tierra", es para México e Hispanoamérica el puente entre la novela del XIX y la novela contemporánea.

La fragmentación de nuestros países es de carácter político y económico, no cultural. La pluralidad de situaciones, de razas, de paisajes, no destruye en absoluto la unidad de historia y de cultura de nuestras naciones. La existencia de una cultura iberoamericana es precisamente, una de las pruebas de la unidad de nuestra América.

En la novela iberoamericana de las décadas de los cuarenta, cincuenta y parte de los sesenta en las que publican lo mejor de su obra los novelistas de esta primera generación que llamamos contemporánea, no hay olvido de los temas y ambientes de las novelas de las generaciones anteriores, sino que se renuevan bajo otras perspectivas. El desierto, la selva, el cacique, los pobres y los marginados siguen presentes, notablemente en Asturias, Carpentier, Yáñez y Manuel Rojas, pero estos novelistas se sitúan con mejores técnicas frente a la condición humana, trascienden el regionalismo y ensanchan su visión de la esencial heterogeneidad del hombre.

Tampoco es lo "artístico", como lo han querido ver muchos críticos, lo que diferencia a *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, por ejemplo, de *La tierra pródiga*, de Agustín Yáñez. Tan "artística" es una como la otra, sino en cómo ven al hombre y la naturaleza uno y otro; de un conflicto entre el hombre y su mundo como lo ven Rivera, Gallegos o Güiraldes a una relación casi fusión entre el hombre y la naturaleza como lo ven Carpentier (*Los pasos perdidos*) y Agustín Yáñez. Ya no es la naturaleza dominando al hombre al grado de devorarlo, sino la naturaleza vista como contemplación estética, en el caso del cubano o como apoderamiento de ella, en el caso del mexicano. El hombre además es visto desde dentro, los grandes horizontes del pasado ceden a los laberintos del hombre de nuestros días, dando verosimilitud histórica a las angustias del hombre contemporáneo. Todos los novelistas aquí citados dan nuevo sentido y trascendencia a la realidad histórica o particular que les sirve de punto de partida.

Yáñez como casi todos los escritores de su generación vivió inmerso en la política de su país. Con su primera gran novela *Al filo del agua*, de 1947, trae a la novelística contemporánea una profundidad filosófica inédita y la visión, por primera vez, de la Revolución Mexicana con perspectiva y talento literario. Su originalidad no se encuentra en el tema sino en el enfoque y la abundancia, variedad y novedad de medios para desarrollarlo, no es ya una novela más de la Revolución, es la novela de la Revolución, la que la justifica y la que abre, además, otro ciclo en el que este movimiento empieza a enjuiciarse y le pide a la Revolución institucionalizada, reformas verdaderamente revolucionarias.

Precursor y maestro de generaciones posteriores al igual que Borges, Asturias o Carpentier, por su afán de interpretar la historia y el destino del hombre, y de expresar sus hallazgos recurriendo a procedimientos técnicos y tradiciones disímboles de la literatura universal, Yáñez aúna, al mérito de ser el realizador, junto con José Revueltas, de la novela contemporánea en México, el de haber tenido siempre a su disposición, como sus colegas iberoamericanos ya citados, un gran bagaje cultural, antropológico e histórico que les ha permitido conocer los orígenes y meandros del hombre americano y universal.

Esta primera generación de novelistas iberoamericanos contemporáneos son los grandes renovadores del género en este siglo. Incluimos a Borges que no ha escrito novela, salvo una policial al alimón con Adolfo Bioy Casares, a Roberto Arlt y a Felisberto Hernández, porque es imposible toda consideración seria de la narrativa iberoamericana sin considerar su revolucionaria influencia en la forma de contar de casi todos los escritores que les siguieron.

En las novelas de esta primera generación no sólo se continúa la gran tradición que tiene su origen en Mariano Azuela, Gallejos, Güiraldes, Martín Luis Guzmán, Graciliano Ramos, Lins do Rego y José Eustasio Rivera entre otros, esa tradición de la exploración profunda de la naturaleza y de los mitos centrales de nuestra América, sino que además logra una visión que ve más allá, al recrear la misteriosa relación que existe entre el hombre y sus contextos, llámense éstos económicos, sociales, geográficos, ctó-

nicos, culturales, etcétera. Fuertemente influidos por las corrientes de vanguardia de Europa, especialmente por la escuela surrealista acaudillada por André Bretón, saben asimilarlas y ponerlas al servicio de su propia necesidad y concepción literaria. La narración sale de sus manos transformada hondamente en su apariencia, pero también en sus esencias; ellos son, sobre todo, renovadores de una visión y de un concepto del lenguaje.

Otra característica que une a varios de estos narradores es el haber estado, en sus primeras publicaciones, a caballo entre su generación y la anterior, al considerarlas como preparación de sus grandes novelas; en el caso de Carpentier incluso quiso negarlas, como sucedió con *Ecué-Yamba-O*, de 1933. Asturias publicó *Le-yendas de Guatemala* en 1930, y no obstante su éxito en Francia (Valéry hizo el prólogo de la traducción francesa), se sintió a disgusto con ellas porque mucho del misterio maya que había vivido en su patria, habíase quedado fuera. Fue el contacto con el surrealismo, al igual que Carpentier, lo que les dio las herramientas necesarias para que el misterio de sus mundos americanos pudiera revelarse, y tanto uno como otro consideraron que su obra realmente se iniciaba con *El reino de este mundo* (1949) y *El señor presidente* (1946), respectivamente. Mallea lanzó los *Cuentos para una inglesa desesperada* en 1926 y guardó silencio hasta *Fiesta en noviembre*, de 1938. Yáñez dio al público su *Baralípton* en 1931 y creó su primera gran novela hasta 1947, con *Al filo del agua*, sólo “después de haber estudiado su íntimo ser y de haber dádose cuenta de su realidad de hombre”. Manuel Rojas, después de establecerse como escritor criollista, entre 1926 y 1932, no escribe libros de envergadura hasta *Hijo de ladrón*, de 1951. Borges se acercó a la prosa narrativa desde sus ensayos de 1926, pero no se define hasta 1941, con *El jardín de los senderos que se bifurcan* y con *Ficciones*, en 1944. Marechal publica su *Adán Buenosayres* hasta 1948. En sólo cinco años, de 1946 a 1951, estos escritores se establecieron como los novelistas esenciales de su generación.

Espero que con estas pocas líneas haya yo podido dar una idea de la importancia y unidad que existe en esta primera gran generación de novelistas iberoamericanos contemporáneos.